

En los veranos me llevaban a Portugal. Era hermoso marchar al extranjero, cruzar una frontera. Los inviernos estaba ocupado con las clases y esas maravillas viajeras no me ocurrían, pero en julio y agosto la quinta de Tras-os-Montes era una fiesta, nuestro tío Duarte Pereira en la biblioteca o recibiendo a los notables y la tía Guiomar preparando refrescos. Había tardes que en la veranda departían el señor Obispo y el Gobernador Civil, o compañeros del tío -en la asamblea de diputados de Lisboa. Yo estaba orgulloso de tener tan cerca a señores así, y que a mí me hablaran como si fuera persona mayor. Alguna vez, incluso, les recité poesías:

Quizá al pasar la virgen de los valles
enamorada y rica y juventud
por las umbrosas y desiertas calles
do yacerá escondido mi ataúd...

Me miraban con respeto cuando les dije que don Enrique Gil y Carrasco era de mi pueblo, había una puesta de sol melancólica en el horizonte de la quinta, y el sonar del agua en el chafariz del jardín.

Pero nada tan hermoso como el sentimiento se remontaban los Pereiras hasta la batalla de las Navas de Tolosa. El tío Duarte me preguntaba:

"¿Y qué me dice vocé de nuestro don Álvaro González Pereira, el Gran Prior de San Juan de Portugal que con distintas mujeres engendró treinta y dos hijos? ¿Y qué de Niño Álvarez Pereira, sin cuyos consejos no se hubiera ganado la gloria de Aljubarrota?" La biblioteca estaba fresquita y el tío bebía agua de Vidago con azucarillos, como Eça de Queiroz, pero a veces se acaloraba porque un heraldista había invertido los esmaltes del escudo de la Casa, campo de gules en vez de plata.

Todo esto de Portugal, mi señor Rector, señoras y señores, se me ocurría a mí con los calores que le ablandan a uno la sesera. Yo leía en los Paúles de mi pueblo el diccionario apellidos y novelas como La ilustre Casa de Ramírez, luego iba al río con los otros chicos y no sabía nadar, y el sentarte a mirar cómo corre el agua te da muchas fantasías y toladas. O sea, que

hasta aquí contados pertenece a

cuentos, inventado por quien ya en
su adolescencia fuera amigo de lo maravilloso

Crecí entre dos ríos de buen sonar, me llevaron al bachillerato memorístico del colegio de un cura, amplí mis estudios hasta el título honrosísimo de Maestro Nacional o Maestro de escuela, comercial en el hierro como mi padre y mis abuelos, ferreiros de los mazos galaicos, fui viajante y viajero por lo más próximo y lo más lejano en los mapas, y siempre, siempre, viví la vida con vocación de contarla. Y de cantarla.

Como poeta empecé temprano. En mi pueblo, y ya es hora de nombrarlo, se llama Villafranca del Bierzo, el tiempo de la pubertad fluía lento y el paisaje se convertía en un estado de ánimo. Yo escondía en mis bolsillos unos versos tristes, dedicados a las forasteras que se marchaban en el último tren del verano, aún guardo la cuenta y crédito que ese día de setiembre el mismo día cada año, empezaba a llover. Y sé cuáles fueron las primeras palabras literarias que salieron fuera de aquella intimidad, digamos que por imperativo de las leyes de la Instrucción

Pública. Sucedió en León, en esta ciudad que luego iba a ser tan mía, la del "nombre de carbón redondo y puro, / de trenes en la noche palpitante, / duro como una espada / que parte en dos el corazón del aire.

Para pasar de tercero a cuarto curso del bachillerato ordenaron que hubiera una reválida, y fue un ejercicio de redacción sobre la catedral. Que escribiéramos sobre su estilo arquitectónico, la proporción de sus medidas, las capillas, los motivos de las vidrieras. Veníamos a examinarnos por libres y nuestro profesor de Villafranca había dejado esa visita para el último día de nuestra estancia en la capital de la provincia y en el aula empecé a sudar porque nada sabía de lo que preguntaban en el examen. Ya iba a abandonar, pero me salvó la soberbia. Pensé que escribir, lo que se dice escribir, podía hacerlo igual o mejor que cualquiera de los examinandos que ya se afanaban sobre el papel sellado del Instituto Padre Isla. En los frailes amigos y en la imprenta y librería de mi tío devoraba los libros y soñaba con ser escritor. Decidí quedarme en el pupitre y empezar allí mismo la carrera: "La intrépida locomotora silbó." Había leído al Campoamor de El tren expreso, a don Acacia Cáceres Prat, autor del libro titulado El Vierzo, y a Pemán, que era correligionario de mi padre. Conté la salida en el pequeño tren camino del transbordo en Toral de los Vados, describí la huerta de Vilela y las viñas de Parandones, la aspereza del Manzanal y el remanso de Astorga, el cruce por las tierras del Órbigo. Retórico y floreado, con demasías y cargado de tópicos. Cuando tuve que dejarlo, recurrí a la malicia: "La falta de espacio

me impide describir las maravillas de la Pulchra Leonina, que el alma no se cansa de contemplar".


Así fue, señoras y señores: "La intrépida locomotora silbó." Más de sesenta años han pasado. Al mismo compás lento pero inexorable con que se iban gastando mis ojos y encasquillándose mis vértebras, fueron imprimiéndose libros prosas y versos --que en la portada llevaban mi nombre. He visto algunos de mis poemas y relatos traducidos a lenguas foráneas, palabras a, veces repletas de consonantes que no sabría pronunciar.

Tuve críticos que me silenciaron o reprendieron junto a opiniones favorables que echaron leña a mi vituperable vanidad, y hay tesis y tesinas buscando las claves de mi escritura. He dado conferencias.

Me llamaron para dar charlas, que es pedir que des una conferencia por la que quieren pagarte con un bolígrafo o un cenicero, y nunca me he negado a repartir mi experiencia, ya que no mi ciencia, lo mismo en una universidad que en una escuela de oficios, en centro de jubilados o en casa regional.

Así de simple es la historia del oficio en que me he sentido más pleno, en el que sigo y sigo, porque sin la pluma en la mano --todavía la pluma y la tinta--, este hombre que les habla sería más viejo y menos feliz.

Gracias por ayudarme. Muchas gracias a esta docta Casa, academia máxima del saber por la generosa unanimidad con que me ha llamado a su corporación de doctores.

 Los símbolos que hoy se me entregan, los recibo como joyas que dorarán mi tiempo venidero, y sobre todo, como testigos de mi ^{compromiso de servicio} ~~compromiso~~ con una institución que tanto enriquece a nuestra ^{comunidad} ~~comunidad~~.

Sé que las saluciones y el capítulo de reconocimientos debería haber encabezado mi discurso en esta ceremonia solemne, pero los cuentistas estimamos el efecto final, y quisiera que el fervor de mis últimas palabras os quedase marcado para siempre. Magnífico y Excelentísimo Señor Rector de la Universidad de León. Excelentísimas autoridades. Señores miembros del claustro de Doctores, y no olvido a mis dilectos compañeros en la honra de hoy. Comunidad Universitaria.

Profesor Doctor don José Carlos González Boixo, mi generoso valedor y padrino, dispensador de elogios en que me ha costado reconocerme. Señoras y señores, paisanos y parientes, amigos todos de mi alma.

He dicho.